

en vuestros libros, pero pierde su ascendiente en los corazones; cumpliránse quizás los deberes fáciles; mas no pidais ya al hombre fuertes virtudes; no espereis ya de él el espíritu de sacrificio, alma y nervio de las sociedades; pues no tendreis en su lugar más que frio cálculo, sórdido interés, innoble egoismo; y la sociedad perecerá, como perece todo sér cuando el corazon está helado.

En efecto, ¿no es para nosotros una felicidad saber que Dios nos ama, y que el hombre, aunque débil y pecador, es siempre objeto de su ternura? Nuestros misterios, carísimos hermanos, son casi todos testimonios, brillantes manifestaciones del amor de Dios á los hombres. Veis á un Dios en el pesebre, y vuestra razon asombrada se pregunta: ¿Cómo es posible? Pero ¡con qué enternecimiento oís esta respuesta: Así amó Dios al mundo: *Sic Deus dilexit mundum!* Veis á un Dios en la cruz, y vuestro espíritu se escandaliza, y exclamais otra vez: ¿Es posible?... Pero en la cruz sangrienta sale una voz que os dice: Así amó Dios al mundo. Veis á un Dios en el altar, pero á un Dios *sin gloria, oculto, aniquilado*; y vuestros sentidos se indignan, y vuestros lábios repiten aquel eterno murmullo de la incredulidad; pero un sentimiento de amor, más verdadero, más fuerte que todas las dificultades, os dice tambien: *¡Dios amó tanto á los hombres!* Podemos decirlo con seguridad, el cristianismo entero no es más que la sublime realizacion de un magnífico pensamiento de amor, un Dios niño, un Dios moribundo, un Dios hostia; toda nuestra fé se reduce á estas sencillas y deliciosas palabras: Creemos que Dios nos ama. ¡Qué fuente inagotable de consuelos y alegrías!

El incrédulo no puede persuadirse de que Dios le ama; y ved ahí porque es verdaderamente desgraciado. Pero ¿quién puede turbar la vida del cristiano, del verdadero fiel? El desprecio ó el dolor no más. ¿El desprecio? ¡Ah! su Dios fué llenado de ignominia. ¿El dolor? Su Dios murió entre mil tormentos. Una mirada á la cruz consuela todas sus penas; una sola comunión puede cicatrizar heridas que no pudieran curar todos los bálsamos de la tierra. Goza en medio de sus sufrimientos, uniéndolos á los de su Dios, y siente renacer una fruicion inefable del fondo mismo de las tristezas de su alma. Aunque los misterios no tuviesen más que esta virtud, serian divinos, pues solo hay un Dios que pueda hacer hallar dulzuras en la cruz. La falsa filosofia jamás ha procurado un solo consuelo verdadero en la vida, ni á la hora de la muerte.

La muerte, siempre hemos de venir á parar en ella; y nuestros misterios poseen tambien el secreto de suavizar ese tránsito. Acercaos,

filósofos, á este lecho de dolor, con vuestras doctrinas de materialismo, ateismo, y todas vuestras recetas de incredulidad. ¡Ah! ¡qué horror! Si fué uno de los dichosos del siglo, haceis más desgarradora su agonía; si es pobre y desventurado, le haceis maldecir toda la naturaleza! ¡Oh! venid antes al lado de ese moribundo, ministros de una religion consoladora; habladle de aquel Dios que saboreó la muerte y la quitó toda su hez; recordadle que el cristiano no muere, que su alma va á reunirse con su Criador, que un día le será devuelto su mismo cuerpo en un estado de gloria y de felicidad inmortal. Ya la esperanza brilla en su frente; su vista se anima y se eleva al cielo; la imágen de un Dios moribundo, que estrecha contra sus lábios y su corazon, despierta en su mente mil recuerdos de misericordia. Va á ver á su juez, pero ha recibido á su Salvador; y fortalecido con el viático celeste, entra gozoso en el camino de la eternidad!

¡Dios mio! ¡cuán hermosa es tu religion! Bajo cualquier aspecto que se la mire, muéstrase radiante de divinidad. Desesperando de perjudicarla en sus fundamentos, el incrédulo la ha atacado en sus misterios, y de estas venerables oscuridades sale una luz inesperada que confunde al audaz blasfemo. Sí, estos misterios son divinos; son un manantial de instrucciones profundas, el alma de las virtudes, encanto y consuelo de la vida y de la muerte.

---

## MODA.

---

*Quare discipuli tui transgrediuntur traditionem seniorum?*

¿Por qué motivo tus discípulos transgreden la tradicion de los antiguos?

(MATTH. XV, 2.)

Léanse los libros mosáicos, recórranse una por una todas las leyes dictadas á los hebreos, y no se hallará que el supremo legislador les hubiese inculcado la ceremonia de lavarse las manos al tiempo de comer. Los fariseos mismos confesaban en el Evangelio que este no era un precepto de Dios, sino una tradicion de los hombres, una costumbre trasmitida por los antiguos á sus sucesores, una formalidad,

en fin, aconsejada por el aseo, que con el tiempo se convirtió en uso y moda general. Y sin embargo ¿quién lo creyera? los celosos y rígidos fariseos, sabedores de que los discípulos de Jesucristo no observaban aquella costumbre, les acusan públicamente y en altas voces de esa transgresion, cual si se tratara de un delito capital: *Quare discipuli tui transgrediuntur traditionem seniorum?* En verdad, apenas pudiera contener mi indignacion contra esos necios acusadores, si no oyera en nuestros dias á los supersticiosos secuaces de la moda, dirigir iguales acusaciones á los inocentes infractores de alguna de las muchas usanzas hijas de tierras extrañas, que aquélla introduce diariamente entre nosotros. ¿Es decir, que porque una moda, por rara y caprichosa que sea, no es al momento aplaudida y adoptada tan universalmente como quisieran los amantes de las novedades, se habrá de considerar al que no la siga, como reo de un delito execrable y como autor de un escándalo merecedor de la indignacion pública? ¿Es decir, que los fieles cristianos deberán mostrarse tan indignados contra el violador de una vana moda del siglo, como contra los infractores del divino Decálogo? Así lo pretenden algunos hombres y mujeres extravagantes de nuestra época, que se han erigido en árbitros de la elegancia y modelos del buen gusto, y que murmuran, se irritan y claman cuando alguno en las costumbres de la mesa, del traje ó del trato social se separa un ápice de las últimas prescripciones de la moda. Para que no incurrais, amados hermanos, en tan loca preocupacion, voy á manifestaros en el presente discurso que caso debe hacerse de la moda, y que concepto debemos formarnos de los que la siguen. Digo, pues, que la moda es voluble en sus estilos, desenfrenada en el lujo, é irracional en sus caprichos: tres verdades evidentes y prácticas, de las cuales podreis inferir vosotros mismos otras tantas consecuencias indeclinables. Probaré, que la moda es voluble en sus estilos; de donde inferireis vosotros, como discretos, que los que la siguen, ofenden la humana prudencia. Probaré, que la moda es desenfrenada en el lujo; de lo cual vosotros, como cuerdos, deducireis que los que la siguen infringen la cristiana moderacion. Probaré que la moda es irracional en sus caprichos; y de aquí concluiréis vosotros, como juiciosos, que los que la siguen, deshonran su razon. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Queriendo el Sábio pintar la inconstancia del hombre necio, lo comparó con la luna: *Stultus ut luna mutatur*; yo no dudo que si hoy dia saliese de su sepulcro, y recorriendo las varias comarcas de Europa fijase sus severos ojos sobre nuestro país, al ver la multi-

tud y variedad de estilos que en él se introducen y se suceden continuamente, en vez de buscar en los astros la imágen del hombre necio, buscaríala aquí en nuestra misma pátria, y la hallaría exactamente pintada en la versatilidad de la moda. En efecto, la moda, oyentes míos, es mucho más inconstante y mudable que la luna; pues no hay mes, ni semana, ni dia en que se muestre bajo un mismo aspecto, y en que no adopte nuevas formas, graciosas y elegantes todas á juicio de sus apasionados; raras, ridículas y ménos decentes las más en concepto de los hombres morigerados y sensatos. Nos burlamos de las modas de nuestros abuelos, y si por casualidad vemos alguna persona anciana, que enemiga de novedades, vista todavía segun la costumbre de su tiempo, no hallamos palabras bastantes para expresar nuestra estrañeza y nuestro disgusto, sin observar que nosotros mismos estamos reproduciendo en nuestros trajes y maneras las modas de los pasados siglos, y que si hoy nos burlamos de nuestros abuelos, vendrá dia en que seremos objeto de la burla de nuestros nietos. Ha sido siempre una ley de la moda, constante sólo en su misma inconstancia, que no bien aparezca un traje, se reemplace con otro, á éste se sustituya otro distinto, y así sucesivamente, de manera que nadie puede presentarse hoy vestido como ayer, sin incurrir en el delito de *lesa elegancia*. Ni aún nuestro mismo semblante, este noble semblante, hecho á imágen y semejanza del de Dios, está exento de las eternas variaciones de la moda, pues segun el capricho dominante, unas veces lo vemos pintado del rubicundo color de la fiebre, otras veces teñido de la tétrica palidez de la muerte. ¡Oh amor inmoderado de la novedad, hasta qué punto trastornas y perviertes la razon humana!

Pero aún he dicho poco. Mucho más pudiera decir en prueba de la volubilidad de la moda, si supiese describiros las multiplicadas manipulaciones á que se sujeta el cabello durante las largas horas que nuestros elegantes de ambos sexos pasan en el tocador. Allí, entre mil variados botes de esencias y pomadas olorosas, el arte de la peluquería apura sus recursos; y con el auxilio de los peines, tijeras y tenazas, transforma de infinitas maneras la disposicion natural de la cabellera, ya dividiéndola en muchos y diversos compartimientos, ya poniéndola en desordenada confusion, pues, para los sectarios de la moda, todo peinado es hermoso é inmejorable, con tal que sea el último prescrito por el buen tono. *Quid crinibus vestris*, decia Tertuliano á las mujeres de Cartago, *quid crinibus vestris acquiescere non licet?* ¿Cuándo, oh mujeres, dejaréis en paz á vuestros cabellos? Ora los veo recogidos sobre la frente, ora pegados á las sienes,

ya lisos, ya rizados, ya lácios y flotantes á merced del viento, ya en fin amontonados sobre la cabeza en forma de elevado promontorio. ¿Qué hubiera dicho este mismo Tertuliano si hubiese visto, no ya á las mujeres, sino á los mismos hombres componerse el pelo segun las caprichosas variaciones de la moda? Ahora decid, oyentes míos, ¿creeis que pueda un hombre seguir la corriente de la moda y adoptar las infinitas usanzas que diariamente prescribe, sin ofender con ello á la razon humana? ¿Qué es lo que enseña al hombre sensato la prudencia que se le ha dado por guia de sus acciones? Le enseña á meditar primero detenidamente el plan de conducta que se propone seguir, y despues de haberlo examinado y hallado prudente y bueno, le enseña á no separarse de él sin gravísimas razones, á no mudar fácilmente de consejo, á no dejarse dominar por un espíritu de ligereza, á no inclinarse, en fin, al soplo de todo viento, como inconstante veleta. ¿Y se avienen por ventura con la gravedad y la constancia propias del hombre prudente las incesantes variaciones de la moda? ¡Oh hijos idólatras de esta soñada deidad! ¿qué extraña locura os mueve á trasformaros con ella de mil maneras diversas, renunciando así al uso de vuestra razon? ¿Es posible que por el nécio afan de figurar, y por el vano deseo de agradar á una turba de delirantes, os infatueis hasta tal extremo, y os lanceis en cuerpo y alma al revuelto torbellino de las modas? Preciso es, pues, que confeseis que esa perpétua volubilidad es del todo contraria á la humana prudencia. Pero, aún esto es lo de ménos; porque siendo esta misma moda, como luego veremos, desenfrenada en el lujo, el hombre católico que la sigue ultraja también gravemente y viola la moderacion cristiana.

2. Si el mundo exige de sus secuaces, que cada uno segun su posicion y sus facultades vista con esmero, se conforme al gusto y maneras dominantes en la sociedad y se muestre celoso de las prerrogativas de su clase; el Evangelio que profesamos nos prescribe, por el contrario, una prudente moderacion y el uso discreto de los bienes que disfrutamos; y por esto, el primer paso que damos en el camino del Señor, cuando somos regenerados con las aguas del bautismo, consiste en renunciar al mundo y á sus vanas pompas. No se crea, no, que los derechos del hombre civil están en oposicion con los deberes del hombre cristiano; léjos de esto, nunca estarán unos y otros unidos con más estrechos vínculos que cuando rijan las acciones humanas la moderacion prescrita en el Evangelio. Pero, desgraciadamente en nuestros dias, á esta guia fiel se ha substituido la inconstante moda. Esta, convertida en tirana dominadora de las almas y de los cuerpos, invade los régios alcázares, de allí pasa á los palacios de los grandes,

desciende luego á las casas de los ciudadanos, se introduce en las tiendas y oficinas, llena y vacía continuamente los guardaropas, devasta los almacenes y graneros, provoca enormes dispendios, y todo lo malbarata y arruina. No creo, oyentes míos, que al haceros esta pintura me acuseis de exageracion. El gran lujo que hoy domina en todas las clases sociales es una prueba evidente de la insaciabilidad de la moda. En otro tiempo, con una larga permanencia en el campo, reparábanse los quebrantos causados por la desgracia ó la disipacion, y muchas familias, próximas á su ruina, recobraban su antigua pujanza; pero hoy dia el campo es un nuevo palenque abierto á los caprichos del lujo y una nueva sima donde se hunden las rentas y los patrimonios. Antiguamente un heredamiento consolidaba la fortuna vacilante de una familia desgraciada; hoy empero de nada aprovechan las mayores obvenciones, pues la ostentacion y el fausto de las casas van en aumento á medida que crecen los recursos. Con semejante sistema no hay riquezas, no hay medios que basten á contener el desquiciamiento de las fortunas mejor cimentadas.

Pero ¿quién es capaz de enumerar los ruinosos abusos introducidos por la moda? ¿Qué diremos de la loca manía, hoy tan generalizada, de no creerse uno bien vestido, si no puede cubrirse de telas, pieles, plumas y dijes traídos de remotas tierras y comprados á precios fabulosos? Este es el mayor de los delirios y el más monstruoso de los excesos. Un pañuelo de la China, con algunos pájaros mal diseñados y unas grotescas figuras peor pintadas, merced á su lejana procedencia y á su gran coste, se prefiere á otros muchos bellísimos productos del país. No hay cosa que se tenga por buena y primorosa si no lleva impreso un sello extranjero. Las alhajas, la perfumería y todo cuanto se refiere al tocador ha de venir de París; de Londres han de traerse los relojes, de Amsterdam los paños, de Lila y de Bruselas los encajes, las telas de Hamburgo, las sederías de Lyon, las pieles de Dantzic y de Moscou; de manera que pueden aplicarse exactamente á nuestra sociedad aquellas palabras que el profeta Ezequiel dirigia á la opulenta y voluptuosa ciudad de Tiro: *Byssus varia de Aegypto texta est tibi in velum*. Las pintadas telas de Egipto te han sido tejidas para velos, y la preciosa púrpura de las islas de Elisa te sirven de vestido: *Hyacinthus, et purpura de insulis Elise factae sunt operimentum tuum*. Los remeros de Sidon y de Libia y las naves persas y lidias hienden los mares para proporcionarte con su comercio nuevos objetos con que saciar tu lujo. Los dos mundos, en suma, con sus innumerables producciones apenas bastan á satisfacer los antojos siempre crecientes de los secuaces de

la moda. La consecuencia que de aquí se infiere, oyentes míos, es tan clara, que basta enunciarla para que la admitan todos como un axioma. Si la moda es tan desordenada en el lujo, como acabo de demostrarlo, preciso es confesar, que el hombre católico que ciegamente la sigue viola la cristiana moderación. En efecto ¿cuál es el espíritu del Evangelio que profesamos? ¿Cuáles sus anatemas contra las pompas mundanas, y cuáles sus consejos é instrucciones con respecto al uso moderado de los bienes? ¿Creeis por ventura que pueda convenir al estado del modesto cristiano esa prodigalidad fomentadora del fausto, de la ambición y de la molición? Una de dos, ó renunciad al sagrado carácter de que estais revestidos como hijos de Jesucristo, ó proscribid los modernos excesos de una pompa profana diametralmente opuesta á la moderación que os prescribe la ley del Crucificado. Si sois ricos, si nadais en la abundancia, y al mismo tiempo os sentís inclinados á la liberalidad, sed limosneros, porque no os ha colmado Dios de tantos bienes para que abuseis de ellos invirtiéndolos en el goce de placeres pecaminosos, sinó para que socorrais, al ménos con lo supérfluo, á sus amados pobres. Pero la moda quiere que se inviertan las riquezas en otros muy distintos objetos, y es obedecida. Se desatiende al mendigo, se defrauda al operario y se quebrantan los más sagrados deberes cristianos de caridad, de justicia y de moderación evangélica, por seguir las locas extravagancias de una moda tan desenfrenada en el lujo como irracional en sus caprichos.

3. No necesito, oyentes míos, apelar á nuevas pruebas para demostrar palmariamente la verdad de este último punto. Las dos proposiciones arriba demostradas evidencian harto claramente la irracionalidad de la moda. Con efecto, si ésta, por una parte, inspira á sus míseros esclavos un amor tan estremado á la novedad, que los enloquece; y si, por otra parte, les prescribe un lujo por su demasia opuesto á la razón; no puede ménos de reconocerse que la moda, la voluble y desenfrenada moda, es irracional en sus caprichos. Y á la verdad, hermanos míos, ¿quién es capaz de dar satisfactoria razón de ciertas modas rarísimas, contrarias al buen sentido, y que provocan juntamente la risa, el enojo y la compasión de todo hombre sensato?

¡Hombres ciegos, fanáticos adoradores de la moda! oid, oid las tremendas amenazas que Dios os hace por boca del profeta Ezequiel: ¿Quiénes son estos, dice el Señor, que substituyen á mi ley las profanas costumbres y las locas usanzas del mundo? no habrá perdón ni misericordia para vosotros en el día terrible de mi cólera. Ya que os habeis formado un Decálogo y un Evangelio de los caprichos del mundo: *Quia non fecistis justitia mea, sed juxta judicium gentium,*

*que in circuito vestro sunt;* ya que vivisteis á la moda, y como se acostumbra en aquella parte del mundo en que morais, *non parceret oculus meus et non miserebor.* Mujeres vanas, apasionadas secuaces de todas las modas, que con tanto engreimiento ostentais las gracias de vuestro cuerpo y la riqueza de vuestras galas; Dios castigará vuestra desatinada liviandad. Día vendrá en que Dios con su propia mano os arrancará de encima el atavío de los calzados, los collares, los brazaletes, los joyeles, las gargantillas, los pomos de olor, los zarcillos, los anillos, las piedras preciosas, los vestidos espléndidos, las mantillas, las gasas, las cintas y las agujas. Entónces á la suave fragancia sucederá la repugnante fetidez, á la rica faja la áspera cuerda, y á los rizados cabellos el cráneo desnudo. Víctimas sacrificadas á la tiranía de la moda, ya habeis oido las terribles amenazas que Dios os hace por boca de sus profetas: no tengo que añadir á ellas una sola palabra.

Me parece, hermanos míos, que oigo á muchos de vosotros dirigirme la voz desde su interior en estos ó semejantes términos: Padre, muy severo y exigente ha estado V. hoy con nosotros. ¿Quiere V. que nosotros, hijos de familias distinguidas y habitantes de un país tan culto como el nuestro, nos pongamos al nivel de las gentes más humildes y de los pueblos más atrasados? Nó, hermanos míos, no quiero esto. Yo solo condeno los abusos de la moda y los excesos que cometen los que la siguen sin tino ni moderación. Fijo la vista sobre vosotros, y veo excesos de vanidad y de prodigalidad totalmente opuestos á la moderación evangélica que profesásteis en el sacrosanto bautismo: contemplo los funestos desórdenes de la moda, la decadencia y la inminente ruina de las buenas costumbres: oigo las justas reconvenções de las personas sensatas, las quejas de los acreedores, los tristes lamentos de la indigencia desamparada, oigo en fin las tremendas amenazas de Dios contra los que substituyen las vanas usanzas del mundo á su divina ley; y ¿todavía callaré? y callando ¿faltaré á una de las más estrechas obligaciones de mi sagrado ministerio? Yo no predico á los que fueron ni á los que con el tiempo vendrán á ser; declamo contra los desórdenes de nuestra edad: y ¿hay por ventura abuso más deplorable, ni desorden más pernicioso á las familias y á las almas que el abuso y el desorden de la moda hoy día dominante? Corregid los excesos, refrenad los caprichos, y quejáos despues si vitupero y condeno el desarreglo de vuestras costumbres. Sigase en buen hora la moda, pero una moda decente, moderada y cristiana; la moda, en fin, tal como la entienden y admiten las personas discretas y morigeradas. Manténganse todos dentro de

los límites trazados por la edad, el estado, el nacimiento y las facultades: domine constantemente en las familias una saludable economía, y concédase tan sólo de vez en cuando algún moderado ensanche á los ordinarios dispendios. Haced de manera que la volubilidad de la moda no os induzca á seguir todas sus prodigiosas mudanzas, con ofensa de la humana prudencia; que el desenfreno de la moda no os mueva á imitar los excesos de su descomedido lujo, con perjuicio de la cristiana moderación: haced, por último, de manera que la irracionalidad de la moda, tercero de los viciosos caracteres que conforme hemos visto, la distinguen, no os incline á adoptar sus caprichos, con mengua de la humana razón. A la consecución de este laudable objeto tienden mis deseos y se encamina el presente discurso. Si tengo la dicha de alcanzarlo, bendeciré al divino Padre de las luces, por haber formado de un instrumento tan inútil como yo, un azote exterminador de un monstruo, que mina á un tiempo mismo los cimientos de la economía y del Evangelio. Mas, si por desgracia sucede lo contrario, si mi trabajo resulta perdido, y á pesar de mis esfuerzos no logro la conversión de una sola alma, entónces, cubriendo mi cabeza de ceniza y derramando amargas lágrimas, me postraré con el Profeta á los pies del Señor, y le diré y le protestaré con hondos suspiros y sollozos, que cumpliendo con los deberes de mi misión, he procurado curar esa llaga inveterada y profunda de Babilonia; pero que ésta se ha enconado todavía más con la aplicación de mis bálsamos; y le diré, por último, que desesperando ya de su curación, la abandono y la dejo enteramente en sus manos: *Curavimus Babylonem; non est sanata. Derelinquamus eam.*

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

MODA.—Hay que menospreciar la moda cuando apela á ella la vanidad.

Hay que renunciar á la moda cuando fomenta la impureza.

MODA.—La moda es abominable á los ojos de Dios cuando los jóvenes la convierten en su divinidad.

La moda es abominable á los ojos del Hombre-Dios cuando ve en ella la semejanza del hombre viejo.

La moda es abominable á los ojos de la Iglesia cuando es contraria á la modestia cristiana.

Véase: LUJO, MUNDO, su tiranía; y TRAJES.

## MODESTIA.

*Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.*

Sea vuestra modestia patente á todos los hombres.

(PHILIP. IV, 5.)

Acaso no hay una virtud que los hombres alaben tanto y practiquen tan poco como la modestia. Prodigánle á cada instante los más bellos dictados: llámanla discreta, honesta, púdica, y más hermosa, dulce y amable que todas las demás dotes del alma y del cuerpo: compáranla, ya con la violeta, que humilde se recata entre el césped, en el lugar más solitario del jardín; ya con la rosa, cuando brota del cáliz virginal recogida y envuelta entre sus hojas; ya con el sol, cuando á través de un velo de ténues nubecillas, mira benigno la tierra, cubierta la faz con una especie de suave rubor. Otras virtudes, dependientes en algún modo de ciertas circunstancias de tiempo y de lugar, tienen más ó menos partidarios y encomiadores; pero la modestia es siempre y por todos igualmente respetada y ensalzada. Y con razón, en verdad, porque no hiere ni ofende, ántes al contrario, embelesa y atrae dulcemente y aún á veces desarma á la misma envidia. La modestia conviene igualmente á todos los estados: realza la majestad del monarca, la gloria del capitán victorioso, la dignidad del sacerdote, el esplendor del rico, la resignación del pobre, la honestidad de la matrona, el recato de la doncella. Hija de la caridad y de la humildad, estrecha dulcemente los vínculos de la humana confraternidad y de la comunión social; armoniza y aminora las desigualdades necesarias al orden público; reprime y castiga toda enemistad; gózase en la medianía y en la moderación, dando de esta manera alegría y paz á los corazones en que se abriga. Recorred, empero, oyentes míos, las calles y las plazas, y decidme ¿en dónde está la modestia? Ojos provocativos, seductores de las almas, labios que rebosan de malicia y obscenidad, semblantes soberbios y altaneros, excesos en el lujo, inmoralidad en las costumbres, tal es el espectáculo que el mundo ofrece con frecuencia á nuestra vista. Pues